

social. Esa unión puede tener un símbolo: «la amada», símbolo de la «compañía» del humano apoyo frente al desamparo, la desazón y el esfuerzo heroico del cotidiano vivir, dirá Bousoño. Esa «amada» se proyecta, ampliándose hasta abarcar la Humanidad toda, como vemos en el poema «En la plaza», de *Presencias*, donde el amor alcanza una dimensión casi evangélica:

*Hermoso es, hermosamente humilde y confiante,
vivificador y profundo,
sentirse bajo el sol, entre los demás, impelido,
llevado, conducido, mezclado, rumorosamente arras-
trado.*

*No es bueno
quedarse en la orilla
como el malecón o como el molusco que quiere calcá-
reamente imitar a la roca.
Sino que es puro y sereno arrasarse en la dicha
de fluir y perderse,
encontrándose en el movimiento con que el gran cora-
zón de los hombres palpita extendido.*

*Como ése que vive ahí, ignoro en qué piso,
y le he visto bajar por unas escaleras
y adentrarse valientemente entre la multitud y
perderse.*

*La gran masa pasaba. Pero era reconocible el dimi-
nuto corazón afluido.
Allí ¿quién lo reconocería? Allí con esperanza, con
resolución o con fe, con temeroso denuedo,
con silenciosa humildad, allí él también
transcurría.*

*Era una gran plaza abierta y había olor de
existencia.*

*Un olor a gran sol descubierta, a viento rizándolo,
un gran viento que sobre las cabezas pasaba su mano,
su gran mano que rozaba las frentes unidas y las
reconfortaba.*

*Y era el serpear que se movía
como un único ser, no sé si desvalido, no sé si po-
deroso,
pero existente y perceptible, pero cubridor de la
tierra.*

*Allí cada uno puede mirarse y puede alegrarse y
puede reconocerse.
Cuando, en la tarde caldeada, solo en tu gabinete,
con los ojos extraños y la interrogación en la boca,
quisieras algo preguntar a tu imagen,*

*no te busques en el espejo,
en un extinto diálogo en que no te oyes.
Baja, baja despacio y búscate entre los otros.
Allí están todos, y tú entre ellos.
Oh, desnúdate y fúndete, y reconócete.*

*Entra despacio, como el bañista que, temeroso, con
mucho amor y recelo al agua,
introduce primero sus pies en la espuma,
y siente el agua subirle, y ya se atreve, y casi ya se
decide.
Y ahora con el agua en la cintura todavía no se confía.
Pero él extiende sus brazos, abre al fin sus dos brazos
y se entrega completo.
Y allí fuerte se reconoce, y crece y se lanza,
y avanza y levanta espumas, y salta y confía.
y hiende y late en las aguas vivas, y canta, y es joven.*

*Así, entra con pies desnudos. Entra en el hervor.
en la plaza.
Entra en el torrente que te reclama y allí sé tú mismo.
¡Oh pequeño corazón diminuto, corazón que quiere
latir
para ser él también el unánime corazón que le
alcanza!*

La aceptación de lo transitorio del hombre no cae en la inacción ni provoca la desesperación, sino que lanza un llamado para lograr con esfuerzo una nueva perspectiva moral sobre la realidad social y humana.

En esa amada mítica, en el amor al hombre universal, Aleixandre ha de encontrar una nueva posición decididamente ética en su poesía. Esta nota moral que introduce en su obra, sin llegar a ser nunca una poesía decididamente religiosa, está dada por la piedad.

La visión del hombre por el poeta es triste, pero ahora llena de una honda piedad, como lo demuestra un poema dedicado a un hombre cualquiera, un albañil caído desde un andamio y muerto por el accidente. Pero a ese hombre lo ha bautizado, lo individualizó, le ha dado un nombre: se llama *Fco. López* y ha ingresado a la inmortalidad del arte.

*Este albañil subiera a algunas obras:
trepó ligero casi con sus alas,
alas de cal volando pobremente.
Un aire en polvo caé, y es un silencio.
Francisco López, en la noche en sombra,
duerme o descansa. Urgida el alba llega.
El se levanta opaco en zona oscura.*

*y cuando el sol despierta él está arriba.
Arriba en el tablón que vuela incierto,
o un pie a disgusto que se posa en blanco.
Mientras los brazos altos ahora enlucen
esa pared o límite a una vida.*

*Agua sin sueño, en cubo, pesa. El filo...
El pie es su yerro. El cuerpo, brusco, abátese,
¿Las alas? Ah, las alas. No se abrieron.
El cuerpo en tierra, en rojo y blanco, queda.*

Pienso que la nota más honda de piedad es aquella que siente el poeta hacia los seres anónimos, los grises sin historia, los que pasaron nada más por la vida, por o, igualmente fueron hombres y por eso mismo dignos, como se afirma en «Sin nombre»:

*La historia a veces calla
los nombres. El que prendió aquel fuego.
La niña que se murió
en la ciudad desierta.
Aquel viejo gastado,
afligido, que lo dio todo,
pero acabó como un pábilo oscuro.
—Ni el humo viose entonces—.
El de la pana triste. O aquella gallarda muchacha,
con la flor en el pelo, negro los ojos, la canción
abriéndose;
natural de aquel pueblo:
andaluza. Fue en Palma,
Palma del Río o Alhaurín, o fue en Arcos.*

*No, no quedan los nombres.
Unos tienen leyenda. Otros son sólo el viento,
y en él el polvo mismo que se incorpora un día
en nuevos cuerpos bellos, o en el mar va a perderse.*

*Estos los solitarios, aquéllos los unidos en una voz
o un cántico.
Los que mueren mirando
por vez primera el orbe,
apenas una boca: la de la madre, o un pecho:
el seno que ellos toman para vivir, y mueren.
Y el que muere ancianísimo,
que es apenas, también, recién llegado e ido.
La vieja de haldas fuertes.
La de la espuma en ropas,
volante; el aire es ella, y también cual el aire.
El recio trabajando
con su mano de tierra, un instante hecha humana,
para pronto sembrarse.*

*El anónimo puro
que al morir se diría
que se reintegra al seno
de los demás, que siguen.*

*Seguir. Mas todos siguen. Continuidad sin meta.
Ella, la fiel muchacha,
el niño ido, el héroe
por vivir, el fiel muerto.
La luz, la luz borrando los nombres, más piadosa
que la memoria humana.*

*La historia a veces calla
los nombres. El que prendió aquel fuego
Quien lo apagó. El amante.
Quien nunca amó. Aquel viento.
En él, siempre invisible, las nubes van volando.*

Ese sentimiento de piedad hace que sienta al hombre, a pesar de sus miserias, ubicado en una posición de noble dignidad, y eso lo vemos en una mirada retrospectiva.

En el hombre existe, para Vicente Aleixandre, una condición esencial que es la base de su dignidad: es el sentimiento de la libertad, de esa libertad interior que le permitió continuar escribiendo durante los duros años de la posguerra civil española.

Ese sentimiento de libertad aludido lo proyecta en la historia de una ciudad: la mítica «Numancia», que heroicamente resistió a los romanos.

A una ciudad resistente.

Ruínas de Numancia.

I

*En esa ciudad muerta hay polvo vivo.
A nivel de la tierra pasa el frío.*

II

*¡Oh, ciudad sumergida en el silencio!
Todas las casas llegan a los cielos.*

III

*Entre columnas que no existen yacen
idos y puros todos los amantes.*

IV

*Son los guerreros un fragor de espadas.
Música eterna en una noche blanca.*

V

*¿Duermes, doncella? Oh, no, nada se pierde.
Pensada sólo, tu pupila es verde.*

VI

*Oh, majestad de ese clamor completo.
Fiera ciudad sobre un perpetuo cerro.*

VII

*La piedra monda. Apenas una losa.
Numancia pronunciada, erguida, sólida.*

Pero también la ve en un hombre y en un hombre de letras: en ese maravilloso Lope de Vega, emblema de libertad tanto en su vida como en su obra; Lope libre, que es Lope vital, Lope feliz, conciencia erguida de la libertad («Lope en su casa»).

III

*Aquí el hogar, el hierro. Las trébedes. Ahí suena
la tabla. Los colgados vestidos. La frazada
que da aún calor. Miradlos: son los juguetes niños,
la manecita en bronce. Está el velón. Más lunas...
La libertad fue amor y redundó en prisiones.
Preso es o libre un hombre según su ánima dígame.
En sus cadenas suelto forjó el destino haciéndose
quien entre muros siempre vivió, venció: entregóse.
Libertad más que amor fue Lope, y así brilla
perpetuamente libre: más libre hoy hace al hombre.*

Por eso podemos pensar que en la poesía de Vicente Aleixandre se respira un aire de fe, de profunda fe en el hombre, en el sobrevivir del hombre, más allá del afanoso esfuerzo de su quehacer diario.

Esa fe está dada por un canto elegíaco, pero no dramático, hacia la juventud. La juventud es la vida, como dice en los *Poemas de la consumación*, escritos al filo de sus setenta años.

Dice en «No lo conoce», de *Poemas de la consumación*:

*La juventud no lo conoce, por eso dura, y
sigue
¿Adónde vais? Y sopla el viento, em-
puja
a los veloces que casi giran y van, van con el
viento,
ligeros en el mar: pie sobre espuma.*

*Vida. Vida es ser joven y no más. Escucha,
escucha... Pero el callado son
no se denuncia
sino sobre los labios de los jóvenes.
En el beso lo oyen. Sólo ellos,
en su delgado oír,
pueden, o escuchan.
Roja pulpa besada que pronuncian.*

La juventud es la vida, pero la vida es el hombre, que aun después de muerto permanece, porque su paso lo grabó el poeta, y desde la oscura tierra ha de producirse como una especie de nuevo nacimiento.

Es el hombre al que canta en esencia, más allá de sus circunstancias, pero, con sus circunstancias, más allá de su miseria y su precariedad; pero también con su precariedad y su miseria, con su dimensión finita, pero a la vez infinita por su propia inamovible condición y dignidad humanas.

JORGE ARBELECHE

Germán Barbato 1363. Apto. 406
MONTEVIDEO
(Uruguay)